

TRIBUNA DE LA VANGUARDIA

LOS ESTADOS UNIDOS EN 1973 (4)

POLARIZACIÓN

HE dicho que la «leyenda negra» como categoría general no puede identificarse con la hostilidad o la difamación; es una estructura muy precisa, que reclama el cumplimiento de ciertas condiciones. La cosa se ve clara cuando hay hostilidad sin leyenda negra. Los que atacan a la Alemania hitleriana más bien personalizan su hostilidad en Hitler, y no la extienden a Alemania sin más: nadie saca de Dachau o de Auschwitz o de las S.S. consecuencias contra Kant, Goethe o Beethoven —más bien a favor de ellos—. Se habla de las maldades de Stalin o de la «era stalinista», sin que esto envuelva a Rusia como tal (a pesar de que en este caso el sistema apenas ha cambiado, y en perfecta continuidad, sin ruptura, a diferencia de Alemania). La estimación por lo alemán y lo ruso permanece intacta hasta para los adversarios de las formas políticas que han engendrado y de su actuación histórica. Pero si algunos españoles han hecho algo malo alguna vez, esto implica a «los españoles» desde la Edad Media hasta la eternidad.

Lo más grave de la leyenda negra no es, sin embargo, el daño que haga a la reputación de un país o a sus relaciones con los demás. Lo peor es que los que la padecen acaban por creerla. Los españoles la llevamos dentro. En el fondo, nos ha persuadido. Y se ha convertido en el freno de toda empresa nacional. Cada vez que pensamos hacer algo interesante, se levanta una voz —que puede muy bien ser interior— y nos recuerda que no tenemos esperanza.

Poco importa que la evidencia de los hechos pruebe la poca o ninguna justificación de la «leyenda negra»; está dentro de nosotros, como el gusano en la fruta, minándonos secretamente, infectándonos. Porque no es menor infección la reacción contra la «leyenda negra», que se inició tímidamente en España a mediados del siglo XVII y se desarrolló en el último tercio del siglo XVIII, en la época de los «apologistas». Estos eran quizá bien intencionados, pero, en general, poco inteligentes. En polémicos, y exasperados por la ignorancia y la insidia ajenas, querían defenderlo todo —y muy principalmente lo indefendible—; y rechazaban el valor de todo lo que nos faltaba, por valioso que fuera. El ejemplo más claro es Forner.

Los mejores españoles, salvo unas cuantas excepciones, han estado roídos por la desconfianza, el desaliento de haber creído la leyenda negra, o exasperados, frenéticos, maniáticos, obsesos por la oposición a ella. Es decir, han estado polarizados, sin mirar las cosas de frente, sin holgura. De un lado, Moratin, Quintana, Larra, en alguna medida Galdós, los krausistas, hasta los jóvenes del 98 —y no digamos nuestros contemporáneos maduros y mozos—. Del otro, Forner, El Filósofo Rancio, hasta Menéndez Pelayo y Maéztu (y algunos insinceros de nuestro tiempo). Sólo han escapado a esa polarización —o la han compensa-

do con oscilaciones— unos cuantos espíritus excepcionales: Feijoo, Cadalso, Jovellanos, Valera, Menéndez Pidal, Unamuno y Azorín maduros, Ortega...

«Pero, ¿qué tiene que ver esto con los Estados Unidos? Por supuesto, cumple las condiciones requeridas: es el país más importante de la segunda mitad del siglo XX, el más rico, poderoso, activo, influyente; todas las lenguas están llenas de palabras inglesas de origen americano, como todas se llenaron de palabras francesas el siglo XVIII: hasta se habla, medio en broma, de Franglais o Spanglish. Todos los antiamericanos del mundo usan blue jeans y tocan música rock y consumen ávidamente productos americanos; sus figuras son populares y conocidas en el mundo entero; todas las cafeterías llevan nombres de estados de la Unión —un visitante ingenuo creía que en los Estados Unidos todo tenía nombre de cafetería—. Todo el mundo parece americano. La importancia y la secreta admiración son evidentes, y a una escala nunca conocida.

¿Y las organizaciones? Conviene pararse un momento. La historia de los Estados Unidos no es «limpia», como podía preverse; tiene muchas manchas oscuras: Texas, México, la esclavitud hasta Lincoln, la guerra con España en 1898, muchas crueldades y deslealtades en la lucha contra los indios, represiones en la época en que era un país «capitalista» en el sentido del siglo XIX. Sin embargo, no había nada que pudiera llamarse «leyenda negra». Siempre habían parecido los Estados Unidos «la tierra de la libertad», el país democrático e igualitario por excelencia. Lincoln fue siempre un héroe de la izquierda. Karl Marx escribía para los periódicos americanos. En España hubo fuerte resentimiento y hostilidad en 1898; pero pocos años después, cuando se reflexionó sobre todo ello, hubo autocrítica, admiración, simpatía. Uno de los máximos representantes del 98, Azorín, escribió con entusiasmo sobre «Los Norteamericanos» en 1918 (¿quién los conoce, quien lo ha leído? Si hubiese escrito en contra, habría innumerables reediciones, y todo el mundo sabría que «el gran escritor ya denunció en 1918 el imperialismo», etc.).

Después de 1920 empieza a haber en el mundo Estados totalitarios. Y con ellos aparece el elemento de «organización» indispensable para la leyenda negra. Hay una serie de episodios de escaso volumen en Nicaragua, Santo Domingo, etc. Recuerdo el título de un libro de Alberto Ghiraldo: Yanquilandia bárbara. Luego, Nicolás Guillén, las Trece bandas y cuarenta y ocho estrellas (poema del Mar Caribe), de Alberti, etc. Durante la última Guerra Mundial, el juego de las alianzas hizo que Hitler y Mussolini se encargaran de esta función —sus repercusiones pueden en-

contrarse hasta en el Cuestionario Oficial del Bachillerato Español de 1938, ya antes de esa guerra, que alguna vez he citado—. Después de este interludio, la «Guerra Fría» y su orquestación internacional.

No voy a discutir aquí su contenido y sus detalles. Lo que me interesa es que los americanos, en buena medida, han creído su «leyenda negra», la están creyendo. Parece que los americanos se dedican a matar presidentes, Kennedys, negros, estudiantes, policías, wasps. Parece que ésta es su principal ocupación, al menos su hobby. Los americanos, que solían estar, si no orgullosos, por lo menos contentos del American way of life, tan deseosos de comunicarlo y compartirlo, ahora se sienten inseguros, casi avergonzados, con ánimo de disculparse, como si fuesen portadores de una enfermedad infecciosa.

Se dirá: pero, ¿es cierto que lo creen? No todos, no del todo. Luchan entre la evidencia de lo real y lo que les han dicho, desde fuera y desde dentro, con increíble pertinacia y considerable habilidad. (Anteayer vi en la televisión al representante de la Unión Soviética decir en las Naciones Unidas: «Tenemos que unirnos todos para defendernos del imperialismo sionista de Israel.» Yo pensé en los 21 millones de kilómetros cuadrados y 250 millones de habitantes de su país, en los varios millones de extensión y 60 millones de habitantes de los países árabes, y ese palmo de terreno con 3 millones de personas que es Israel. Pero nadie pareció sorprenderse en la asamblea que lo estaba escuchando.)

Y esta situación está engendrando lo que más temo: la polarización. Frente a los americanos que creen (o medio creen) su «leyenda negra», hay los que están exasperados por ella, irritados, coléricos; los que envuelven en su antipatía y su desprecio a los que la promueven y a los que la adoptan; los que muestran una tendencia a encastillarse, aislarse, desentenderse del mundo, afirmar —toscamente— lo americano y no querer saber más. Una actitud torpe, como lo fue la de España al embozarse en su capa, entre ultrajada y desdenosa, en la segunda mitad del siglo XVII.

Lo que pasa es que estamos en 1973 y en los Estados Unidos, y eso no puede volver a pasar, no va a pasar. La doble torpeza existe, quizá movida por una doble buena fe que aprovechan los que no la tienen tan buena. Se está dando esa polarización lamentable, que va a tener un desenlace. ¿Cuál? Si la retracción y el aislamiento son imposibles, ¿qué es realmente posible, qué se está realizando ante nuestros ojos quizá distraídos?

Julián MARIAS

URBANISMO

USOS DE LA PLAZA

HE de confesar que no estoy muy al corriente de lo que ahora se lleva en materia de urbanismo. Quiero decir: lo que se lleva entre los propios urbanistas. Porque la práctica municipal e inmobiliaria ya sabemos lo que puede dar de sí: en todas partes suele ser igualmente triste y falta de imaginación. Pero los expertos del ramo, cuando teorizan o ensayan sobre planos, ¿siguen manejando la noción de «plaza»? Me lo pregunto con cierta aprensión. En el fondo, quizá, el problema tendría que plantearse en otros términos, más amplios y, a la vez, estrictos: ¿una ciudad moderna admite todavía, en su estructura, el espacio clásico de la «plaza»? Al fin y al cabo, no se trata, realmente, de un asunto que dependa —ni poco ni mucho— del gusto o del ingenio de los arquitectos. En general, los arquitectos son «artistas» que siempre han ejercido su oficio en condiciones poco «libres»: el trabajo que realizan ha de sujetarse fatalmente a exigencias económicas y sociales que sus digamos —por aquello de las Bellas Artes— colegas del pincel, de la música o del poema acostumbran a no sufrir, o a sufrir en un grado notorio de suavidad... ¿Es aún posible la «plaza»? Una «plaza» ¿para qué?

Bien mirado, ni plazas ni calles. De hecho, hoy, toda la ciudad es «carretera», y en esta afirmación ligeramente exagerada —sólo ligeramente— reside el meollo del tema. Antes, hace cuatro días incluso, aún era lo que fue desde el tiempo bíblico de su creación (por Caín o un descendiente directo de Caín, dicho sea de paso): un sitio para peatones. Los conglomerados urbanos más frondosos que recuerda la historia fueron habitados por gente que, salvo excepción, iba a pie. Los carromatos que pudieran interferirse en sus idas y venidas no llegaban a perturbar, o no lo hacían en demasía, la lógica «pedestre» del conjunto. Distancias, fachadas, anchura de la calzada, aceras, monumentos, empedrado, todo quedaba regido por

la circunstancia elemental del caminar del vecindario. Con el crecimiento del tráfico rodado, la cosa comenzó a cambiar. Pero mientras se limitaba a la tracción animal, el proceso apenas pareció peligroso. En nuestros días, la «democratización» del automóvil impone —agrade o no— la rectificación de los viejos conceptos de «calle» y «plaza». El ciudadano deja de ser peatón: montado en su coche convierte, y repito, su ciudad en carretera.

Eso se ve en cualquier urbe medianamente contagiada de «consumismo». Y ya vendrá en las otras: poco a poco, o deprisa, se extenderá y consolidará la tendencia. No parece que haya remedio. De momento, al menos, para salvaguardar la supervivencia de los últimos peatones —especie a extinguir, y con vitrina prevista en los museos de Paleontología—, se han instalado semáforos, se dibujan algunos «pasos cebra» y, a lo sumo, se corta la circulación en algunos trozos particularmente venerables, angostos o críticos. Cuentan que, en algunas ciudades norteamericanas, un peatón nocturno ya es considerado por la policía, en principio, sospechoso de lo peor. El ciudadano del futuro acabará con las piernas semiatrofiadas, a fuerza de tenerlas empotradas bajo el volante. ¿Y no habrá en la entraña de muchas admiraciones deportivas presentes, sea el fútbol, sean las ágiles variantes atléticas del salto, la carrera o la natación, una inconsciente envidia, una boquiabierta envidia ante unos individuos que continúan disfrutando de buenas piernas?... Pero a lo que ibamos: la ciudad automovilizada no puede ser sino lo que es: la anti-calle, la anti-plaza. Pura carretera.

Por lo demás, quien lleva la peor parte es la plaza. La calle, en definitiva, sólo sirve de «tránsito», y, mal que bien, continúan cumpliendo su papel reminisciente. Pero ¿la plaza? La plaza fue inventada para unos usos específicos

de la sociedad «peatona», y éstos ni siquiera se aguantan en los pueblos rurales de tamaño mediano. No hará falta engolar la voz con evocaciones solemnes: el ágora de Atenas, el foro de Roma, y otras opciones históricas parecidas. Sin embargo, tampoco estarían de sobra. Porque indican de alguna manera la función viva de la plaza. Una plaza no es un «carrefour». El «carrefour» —la enrocijada ancha, tal vez con una fuente al medio rodeada de cuatro verduritas— pertenece ya a la etapa del ciudadano-chófer, del ciudadano-transportado. La plaza servía de lugar y de coto para una larga serie de actividades colectivas hoy día canceladas. La feria o el mercado, y la tertulia cotidiana, y la ceremonia pia, y la fiesta, y la algarada política, y el paseo reposado y preconyugal, espectáculos y manifestaciones que reunían a la multitud local, necesitaban un sitio holgado —holgado y proporcionado—: era la plaza. Y eso se acabó. La ciudadanía, por razones tan evidentes que me excusan de cualquier comentario, ha dejado de utilizar la plaza para tales menesteres; y hasta ha abandonado esos mismos «menesteres»... Desde el punto de vista urbanístico actual, la plaza es inútil. O me lo parece a mí.

Sería curioso examinar la actitud de los últimos grandes «estadistas» que aún tomaron en consideración las plazas. Napoleón, si no recuerdo mal, se sacó de la manga la bella perspectiva parisiense de «l'Etoile». Aquello no es exactamente una plaza. ¿Para qué quería Bonaparte una plaza? Lo suyo era el cuartel o el campo de batalla. Mussolini sacó un gran rendimiento a la plaza de Venecia, pequeña como todas las plazas romanas, y, por tanto, fácil de llenar con funcionarios y «bañillas» previsiblemente entusiastas. Para Mussolini, la «plaza Venecia» fue un escenario, un teatro. ¿Hitler? Ignoro qué plazas empleó Hitler, si empleó alguna: para «concentrar» muchedumbres, fuesen adictas u hostiles, este señor solía echar mano de terre-

nos bastante amplios. Otro caso a considerar sería la Plaza Roja de Moscú: ¿a qué megalomanía responde en su origen? ¿La ordenaron los zares, o nació de un delirio de Stalin? No lo sé. Stalin le destinó a desfiles militares y paradas del partido. Y en Inglaterra, ¿qué relación pudo existir entre las plazas y la política? Etcétera. El entretenimiento no proyectará mucha luz sobre la «historia» en sí. Pero, indiscutiblemente, nos ilustraría acerca de lo que una plaza aún podía ser, en tanto que «plaza», ayer mismo. En un solo aspecto, además. Mañana, los tecnócratas de todos los colores abolirán la eventualidad de cualquier plaza. Lo harán, entre otros motivos más «técnicos», por éste: la plaza, para bien o para mal, es «demagógica». Una amenaza.

El riesgo, de todos modos, no merece ser tenido en cuenta. No habrá más plazas. Y las antiguas pasarán a ser lo que ya son: «parkings». La pequeña angustia habitual de estacionar el coche ha asaltado las ordenanzas municipales del mundo civilizado, y las más espléndidas plazas —viejas plazas— de la vieja Europa se están convirtiendo en garajes de ocasión. De ellas sólo quedan, en la mejor de las esperanzas, las fachadas laterales. Pero una plaza es mucho más que la edificación de su perímetro, por más ilustre que ésta sea... Desaparecidas las plazas, la ciudad se dispersa en estadios, «zonas verdes», discotecas, televisores, «grandes almacenes», «campus» universitarios, vacaciones pagadas, automóviles, automóviles, automóviles... No hay que lamentarlo, y perderíamos el tiempo si lo hiciésemos. El fenómeno es tan inevitable como irreversible. Y comporta, directa o indirectamente, enormes ventajas. Sólo que...

Joan FUSTER

ingua en 18 países.
En España: 30 escuelas

ingua

Pelayo, 58 - T. 221.59.92
Rbla. Cataluña, 33 - T. 221.50.38
Vía Augusta, 82 - T. 217.79.35

idiomas

UNA MARAVILLA LLAMADA ALBI



COMPRELO, PRUEBELLO, QUEDARÁ SORPRENDIDO

PARA EL, ELLA Y SUS HIJOS

CORTESE Vd.

mismo el cabello con el maravilloso PEINE CORTA CABELLO ALBI

DE VENTA EN PERFUMERÍAS • DIRECCIÓN ALBI • SITGES

La cara «luminosa» del Carmelo!



PARA VIVIR MUY POR ENCIMA DE BARCELONA

VISTA PARK

(Junto Parque Güell)

OFICINA DE VENTA EN LA PROPIA OBRA

Final calle Alberto Llanas - Tel. 213 31 51

Es una promoción FUSA

Rosellón, 446 - Tel. 255 02 07